podemos afirmar es que no se trata de un economista al uso, uno de los «operadores mentales», en sus propias palabras, salidos de ciertas universidades y que se han convertido en los mentores –a sueldo de la economía mundial. Se trata de un verdadero intelectual que no se limita a manejar cifras y conceptos económicos; antes bien es un humanista con un pensamiento universal y un proyecto para la sociedad en su conjunto. En conclusión, estamos ante un libro altamente recomendable para especialistas sin prejuicios, e incluso para el lector inteligente que quiera hacer el esfuerzo de desentrañar el sentido de algunos conceptos económicos a cambio de tener acceso a una aproximación crítica e inteligente a la realidad actual.

Samir Amin nació en Egipto en 1931, estudió economía, política y estadística en París y actualmente preside el Foro del Tercer Mundo en Dakar (Senegal).

Jorge Andrade

Los dioses oscuros de la melancolía

Cuando corría el año 1918, Miguel de Unamuno escribía en la revista bilbaíma *Hermes* («Revista del País Vasco») que como vascongado lo que más le apenaba del nacionalismo vasco no eran los dogmas y doctrinas, «sino su afición a ritos y liturgias, banderas, fórmulas, etiquetas, leyendas falsas, jergas absurdas, todo, en fin, lo que aparta el espíritu de los eternos problemas de la historia», para añadir, «y el rito, la liturgia, no es sino una mortaja»[1]. Ochenta años después, Jon Juaristi (excelente conocedor de su paisano del 98 como atestigua su espléndido libro, *El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca*, 1987) ha decidido prolongar con nuevas historias de nacionalistas vascos la esforzada senda de *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos* (1997). El resultado es

[1] *Miguel de Unamuno, «El pueblo vasco en la historia»*, Obras Completas, *Madrid, Escelicer, 1966, t. IV, p. 267.*

Sacra Némesis[2], que ahonda en el análisis del retorno de lo sagrado, de los ritos y las liturgias que devastan el País Vasco cuando el contexto español –su obligado contexto histórico– ha ido abriendo los caminos de la libertad: «Este libro habla de los últimos treinta años del nacionalismo vasco desde el punto de vista de un agnóstico para el que la democracia –la denostada democracia liberal, formal o parlamentaria– sigue siendo el menos malo de los sistemas políticos» (p. 19).

Sacra Némesis aborda el análisis del pasado reciente y del presente inmediato: desde el asesinato del guardia civil Pardines por Javier Echevarrieta (1968) hasta el Acuerdo de Estella, apelando en sucesivas calas a un pasado más lejano como fuente desde la que alquilatar y justipreciar el ritual de la violencia que ha dominado la vida del País Vasco durante treinta años.

Los sucesivos capítulos del libro tienen como hilo conductor tácito o explícito la narración de cómo el nacionalismo –reencarnando los integrismos de Sabino Arana– ha acabado por perder la fe en sus indiscutibles comportamientos democráticos de otros tiempos y se ha convertido en un nacionalismo étnico, cuya mejor metáfora política es alineamiento de Estella.

Con una narración precisa, que busca cuando lo cree conveniente la polémica, y con un frecuente ademán irónico que no oculta el íntimo pesar por lo acontecido (y que el escritor ha vivido tan de cerca), Juaristi se acerca a las cumbres borrascosas de la *comunidad imaginada* (lo es toda nación) para explicar cómo la vasca se ha dotado de un martirologio; o explora el bilbaíno *in hac lacrimarum valle* con la Virgen de Begoña y el Atlétic como emblemas, inútiles emblemas, para aquellos que no tienen ninguna piedad ni ninguna otra religión que la dictada por los dioses oscuros de la melancolía.

Capítulos culminantes del libro son «Stavrogin» y «Nobles brutos». El primero aborda con un rigor inapelable y con un recio vigor expositivo el primer crimen de ETA, bien lejano de la mentira romántica tras la verdad que relata Juaristi: «Echevarrieta intuyó el estilo de los futuros atentados de ETA: tiro por la espalda y, si es posible, con la víctima maniatada» (p. 125). Pero, junto a los datos –irrevocables– de las historias se desliza la confidencia de la memoria personal, dando mayor profundidad al relato de lo acontecido alrededor del 68: «El marxismo-leninismo era una cloaca, de acuerdo, pero fue la cloaca por la que

[2] *Jon Juaristi*, Sacra Némesis. Nuevas historias de nacionalistas vascos, *Madrid, Espasa Calpe, 1999*

nos escabullimos del nacionalismo *revolucionario* y del terrorismo» (p. 135). «Nobles brutos» atiende a la historia de Telesforo Monzón, el dirigente histórico del PNV que, tras salir como fiador de ETA-*militar* y de su proyecto de Frente Nacional apadrinado por Herri Batasuna, ofició de Moisés *abertzale*, pastoreando a su pueblo en busca de la tierra prometida. La «Conversión» de Monzón, en 1926 ó 1927, al nacionalismo contada por él mismo es de una transparencia que excusa de mayor comentario: «Fue en junio. En Gatzaga. Venía un rebaño con una pastorcilla que cantaba. Había niebla. No sé que me pasó en aquel momento, pero me sorprendí diciéndome: 'Soy *abertzale*'».

Los restantes capítulos centros por el rotulado «La guerra interminable» descubren el absoluto desprecio del nacionalismo étnico por la legalidad constitucional y la soberanía del pueblo español, al tiempo que analizan el peso del ideario antisemita y nazi de Jon Mirande (1925-1972) en la configuración del integrismo étnico. *Sacra Némesis* se cierra con unas reflexiones personales que tienen algo de fatalismo ante el proceso histórico y su irreversibilidad (lo cual es discutible, aunque, a lo peor, es cierto). Esas reflexiones –hilvanadas con la amarga ironía que se desprende del aprendizaje y de la experiencia– anuncian la Euskal Herria soberana como un parque temático para estudiar en vivo las raíces de la civilización neolítica europea, y en la que los discursos de Arnaldo Otegui se dan la mano con los cuestionarios de los inspectores lingüísticos, mientras su sistema político «se parece vagamente a una combinación del franquismo tardío con el principado de Andorra».

Al mismo tiempo en las palabras finales de «Prólogo» y en las que cierran el libro, el profesor Juaristi anuncia –en la clave joyceana de Stephen Dedalus– su destino lejos de su país, con la conciencia de la añoranza de las «sombras del hayedo de Urquiola, el dulcísimo acento del eusquera de Vizcaya y algún rincón de mi Bilbao castizo». El destino del exiliado.

Adolfo Sotelo Vázquez